

La producción simbólica del espacio urbano en Noblejas (Toledo)

(The symbolic production of urban space in Noblejas (Toledo))

Cornejo Valle, Mónica

Univ. Complutense de Madrid. Fac. de CC. Políticas y Sociología.
Dpto. de Antropología. Campus de Somosaguas. 28223 Madrid

BIBLID [1137-439X (2003), 23; 431-450]

Recep.: 23.05.02

Acep.: 19.08.02

A través de un estudio de caso se propone una revisión de la Antropología Urbana relativa a sus objetos de estudio. Se defiende la idea de que el pueblo tradicional constituye una realidad urbana genuina y que sus pobladores, campesinos o no, son tan urbanos como rurales sin que haya tal contradicción. El estudio de caso que se analiza es el de Noblejas, un pueblo que recientemente se ve en un intenso proceso de desarrollo y transformación local, donde estos cambios se enfrentan a la experiencia habitual del espacio urbano y donde se ha dado un debate popular sobre el asunto, haciéndonos descubrir dos modelos de vida urbana dominantes en las concepciones locales.

Palabras Clave: Antropología Urbana. Antropología del Espacio. Pueblo. Ciudad. Urbano. Rural. Toledo. La Mancha.

Kasu baten azterketaren bidez, Hiri Antropologiaren berrikuspen bat proposatzen da diziplina horren azterkizunei dagokienez. Herri tradizionala benetako hiri errealtatea delako ideia defenditzen da hemen, bai eta bertako biztanleak, nekazariak izan edo ez, hiri girokoak bezain nekazaritza girokoak direla ere. Ikertzen den kasuko azterketa Noblejasi dagokiona da, berriki tokiko garapen eta aldaketa prozesu azkarrean aurkitzen den herri horrena, non aldaketa horiek hiri espazioaren ohiko esperientziari aurre egiten dioten eta herritarren artean arazo honi buruzko eztabaida gertatu den; hori dela medio, herritarren kontzepzioetan hiri bizitzaren eredu nagusi bi daudela aurkitu dugu.

Giltza-hitzak: Hiri Antropología. Espazioaren Antropología. Herria. Hiria. Urbano. Nekazaritzakoa. Toledo. La Mancha.

A travers une étude de cas, on propose une révision de l'Anthropologie Urbaine concernant le but de ses études. On défend l'idée que le peuple traditionnel constitue une réalité urbaine authentique et que ses habitants, paysans ou non, sont autant urbains que ruraux sans qu'il y ait contradiction. L'étude de cas que l'on analyse est celle de Noblejas, un village qui s'est retrouvé récemment au sein d'un immense processus de développement et transformation locale, où ces changements font face à l'expérience habituelle de l'espace urbain et où a eu lieu un débat populaire sur le sujet, en nous faisant découvrir deux modèles de vie urbaine dominantes dans les conceptions locales.

Mots Clés: Anthropologie Urbaine. Anthropologie de l'Espace. Village. Ville. Urbain. Rural. Toledo. La Mancha.

El sitio de Noblejas es *un pueblo*, con toda la sencillez desconcertante de esa idea. Tiene tres mil cien habitantes y a diferencia de la mayoría de los de su comarca este número crece cada día. La clave de este crecimiento es un reciente proceso de reconversión económica que ha traído consigo la transformación de importantes condiciones de vida en el municipio. Tradicionalmente, y con escasas variaciones en el curso de su historia, Noblejas ha combinado eficazmente el cultivo de la vid y el olivo con oficios artesanos como la elaboración del esparto, la yesería, la tinajería, botería y otros trabajos propios de la industria vitivinícola del pueblo y la comarca. Algunos, pocos, pastores completan el cuadro de la economía tradicional, junto con aquellos otros oficios no específicos del pueblo pero imprescindibles en la vida urbana: panaderos, bordadoras, forjadores, etc.

La mayoría del pueblo ha participado del trabajo del campo en algún momento, de modo que la vid y el olivo (aunque especialmente la primera), con las industrias de elaboración que han desarrollado, se consideran ampliamente como una señal de identidad del noblejano. Este noblejano ha sido la mayor parte de su historia campesino, y en general, la mayoría de hombres y también mujeres han sido jornaleros del campo (hasta tiempos recientes han sido una minoría los propietarios de diferentes niveles). La abundancia de la casa jornalera es evidencia de esta situación en el pasado inmediato, como también lo es la dedicación familiar a trabajos alternativos como la elaboración del esparto, ampliamente extendidos en ese pasado inmediato y buena fuente de ingresos adicionales por su comercio.

Su velada historia (deliberadamente velada en varias ocasiones) es como un rumor de viejos conflictos de clase. Hoy son pocos los datos que podemos encontrar de esta historia jornalera, pero suficientes los ecos y muchas las carencias que hablan de esta misma historia enterrada. Viejos recortes de periódicos que guardan los abuelos recogen los escándalos de huelgas y represiones, y las carencias de infraestructuras públicas reflejan claramente que el fin de la última guerra no trajo la paz, sino la derrota. Por eso, la sobriedad de los edificios no es estilo sino pobreza.

Hacia los últimos años de gobierno franquista las condiciones del pueblo empezaron a cambiar. Noblejas no sufrió el grave despoblamiento de otros municipios vecinos en las décadas de más fuerte emigración hacia las capitales (también es cierto que aún sufrió una merma demográfica tras la guerra y por tanto los años sesenta fueron de recuperación). Pero hasta la década de los ochenta Noblejas se ha seguido caracterizando por ser un pueblo pequeño y pobre. Su *término municipal* (su campo) es el menor de la comarca, y en una economía fundamentalmente agrícola ello equivale a ser el pueblo con menos recursos. Por añadidura carecía de infraestructuras adecuadas ni suficientes para el desarrollo no agrícola (industrial sobretodo): malos pavimentados, escasas canalizaciones de aguas, de detritus, etc. La disyuntiva del futuro parecía a muchos por entonces un camino sin salida, y también una urgencia.

La reconversión del municipio da comienzo a partir de la aparición de un nuevo grupo de gobierno municipal en 1984, gobierno que más o menos ha permanecido invariado desde entonces. En estos dieciocho años se ha desarrollado una compleja y fuerte apuesta por un modelo de desarrollo atípico en la comarca, y alternativo al que parecía el más coherente en otras municipalidades, el agrario, modelo de desarrollo rural al que se han acomodado mejor otros pueblos vecinos. Por el contrario, y a pesar de las dificultades de partida, un ambicioso plan de transformación se ponía en marcha lentamente para convertir Noblejas en algo visiblemente distinto a lo que fue hasta entonces.

En la actualidad, el pueblo de Noblejas es el más industrializado de la comarca de la Mesa de Ocaña. La economía tradicional ha crecido con la especialización del pueblo en la elaboración y embotellado de vinos, y dejando a otros municipios con mejores campos el cultivo de la vid. Se ha dado un complejo proceso de concentración parcelaria con el fin de favorecer una distribución funcional de la propiedad del suelo que permitiese, entre otras cosas, la implantación de nuevas empresas en tres *polígonos industriales* habilitados. Se ha invertido un gran esfuerzo en la mejora de las infraestructuras de suministro (aguas, electricidad, gas...) y evacuación de residuos, imprescindibles para el desarrollo de los polígonos y sus actividades. Y el pueblo en conjunto ha visto mejorada su renta, ha crecido demográficamente y urbanísticamente, y puede decirse que su transformación ha llegado a un punto de no retorno: algunos dicen “hace veinte años, Noblejas era un pueblo pueblo”. La cuestión es ¿qué es ahora?

Para la mayoría de sus habitantes Noblejas sigue siendo *un pueblo*, con esa misma sencillez igualmente desconcertante. Lo ha sido y lo sigue siendo por todo aquello que no es, en realidad. Desde la perspectiva de los pobladores, Noblejas es *un pueblo* porque no es capital de nada, porque allí no va nadie, ni sale nadie de importancia, porque no pasa nada, porque es pequeño, y porque en términos generales cuestionarse la posibilidad de ser algo distinto a un pueblo es una acrobacia retórica sin sentido. Además de esto, también es Noblejas un pueblo porque sus habitantes son “pueblerinos”, y ello en los múltiples y casi siempre ofensivos sentidos que la idea puede llegar a sugerir. A veces con humildad y otra con desprecio es de todas formas común escuchar a los propios noblejanos decir que son de pueblo porque son cotillas, porque “no tienen dinero” o porque no se van de vacaciones tanto como los de la ciudad (reproche que se hace especialmente a los emigrantes que regresan al pueblo en verano), y sobre todas las cosas porque se sienten paletos e ignorantes.

Para sus gobernantes, que comparten ampliamente esta estigmatización de lo propio, existe un modelo de desarrollo económico y social capaz de sacar a los noblejanos de su pueblo y convertirlo en lo que sea lo contrario. Y lo más contrario es el modelo de la cercana Madrid, el lugar donde pasan las cosas, donde se gana dinero, donde se gasta mejor, donde hay autobuses a todas partes y a todas las horas, donde cabe todo lo que quieras (y lo que no quieras), donde

encuentras lo que buscas, donde nadie te controla, ni te critica, ni te juzga, donde hay de todo para todos. Madrid como idea es tan fascinante como desapacible desde según qué perspectivas la observen los noblejanos, que la conocen bien. Sin embargo, constituye una poderosa representación de las virtudes que le faltan al pueblo y que éste pretende para sí en su particular proceso de autoconstrucción.

Al recoger las posibles perspectivas locales sobre el pueblo y la ciudad, (lo que han sido, son y aspiran ser en el futuro) me he encontrado con los estereotipos de nuestra disciplina al respecto, con sus definiciones más radicales francamente extendidas (Redfield), pero también con sus más diversos matices. Hay quienes parecen seguir a Lewis: "Madrid tiene mucha miseria, aquí no hay mucho dinero pero tampoco miseria" (mujer 53 años, aunque la idea está en la mayoría de informantes). Hay quien se apasiona con Wirth, el anonimato, la variedad, la libertad del individuo a pesar de la soledad: "a mi lo que me gusta es que puedes hacer lo que quieras, sin dar explicaciones, tienes muchos sitios donde ir... nunca lo has visto todo..." (mujer 24 años, idea muy presente especialmente en mujeres jóvenes). Y otros parecen ser partidarios de Frykman y Lofgren: "los que están allí (en la ciudad) se creen que aquí somos de una manera, de una manera que a ellos les conviene, para las vacaciones, y luego qué, pues eso, nada..." (hombre, 63 años).

Estos debates, a diferencia de los nuestros en muchas ocasiones, van realmente más allá de las palabras y son una manifestación de conflictos cotidianos. Mi propuesta es aprovechar esta ocasión para redescubrir la realidad urbana que estudiamos desde el frente de la no-ciudad, desde *el pueblo* como forma de vida genuinamente urbana y a la vez infravalorada, por los criterios disciplinares al definir objetos de estudio, y por la cultura que pesa sobre esos criterios.

ANTROPOLOGÍA URBANA, LA CIUDAD CONTRA EL PUEBLO

Largas tradiciones urbanas como la castellano-manchega se encuentran oscurecidas por el etnocentrismo de una disciplina que en general ha rechazado considerar al campesino como un sujeto urbano, a las comunidades como sociedades y a los pueblos como ciudades. Para remontar estas inercias analíticas es necesario afrontar dos vías de trabajo. De un lado, es necesario cuestionar la teoría, conceptos y premisas de nuestra disciplina, en cuanto clasificadora de experiencias y prácticas en el pueblo, y en cuanto responsable de la promoción de un perfil ruralizante, tan propio de una metodología de lo exótico como del olvido sistemático de los antropólogos urbanos hacia los pueblos. De otro lado, es necesario también recuperar la historia de un pueblo como tal, como asentamiento urbano, lugar de cultura y sociedad, y analizar la forma en que su historia urbana está escrita y reescrita por sus pobladores en el presente, siendo proyectada hacia el futuro.

En la ciudad y de la ciudad, la Antropología Urbana permanece atada a los grilletes de Redfield. Esta es la traza que caracteriza la disciplina al observar su

compostura desde el pueblo, desde la no-ciudad. Han sido muchos los esfuerzos por superar el etnocentrismo que nuestros criterios de selección y clasificación asumen: desde el nacimiento de la Escuela de Chicago en adelante, todos los movimientos parecen haberse dado a la contra, a la caza de reversos y matices para escapar de Whyte, o Wirth, y del inevitable peso de sus inferencias casi espontáneas. O más exactamente, del peso que sus inferencias tuvieron en nuestra percepción espontánea desde entonces. Sin embargo, el camino seguido por la que consideramos tradición disciplinar y sus representantes ha discurredo siguiendo un perfil de lo urbano que aún deja los pueblos al margen de las ciudades.

Ha sido y sigue siendo necesario que la Antropología afronte la ciudad como un desafío propio y conveniente a su tradicional arraigo en lo exótico, rural y pre-moderno. Y ello hace que hoy la Antropología Urbana sea una sección imprescindible de la disciplina general, no obstante la ventaja, se ha operado una reducción injusta del objeto de estudio pertinente: lo urbano, como una más de las metáforas de lo social en la cultura, existe más allá de la metrópoli, de las densidades demográficas, más allá de la producción industrial, más allá de la sociedad atomizada, y de la heterogeneidad, la complejidad y sus farsas conceptuales.

Este desbordamiento de lo urbano respecto a la ciudad no es exactamente nuevo, pero sí escasamente recogido por los investigadores. El grueso de las corrientes en Antropología Urbana se han desarrollado afrontando más bien el descubrimiento del reto contrario: el desbordamiento que la ciudad presenta respecto a concepciones tipificadas de lo urbano. Este es un rasgo característico de la Antropología urbana continental (Frykman y Lofgren, Cátedra, Bott...) y demuestra que el interés central de esta antropología no es lo urbano, sino lo ciudadano. A pesar de ello, interesa tomar el testigo de su imperativo crítico, asumir que la ciudad y lo urbano no se sujetan a los papeles de realidad y representación, y proponer otro punto de vista.

Desde otro punto de vista, desde la no-ciudad, da la impresión de que la Antropología Urbana en/de la ciudad se revuelve en contradicciones de fondo. Lo ciudadano como realidad y lo urbano como representación cambian sus papeles desde la no-ciudad: desde el pueblo es fácil descubrir hasta qué punto la ciudad es de hecho una representación reduccionista de lo urbano como realidad más extensa. La antropología urbana de la no-ciudad tiene antecedentes interesantes pero poco seguidos (Leeds, Sylverman), sin embargo constituye una propuesta interesante para satisfacer justamente el imperativo crítico afrontado por los disconformes con los estereotipos chichaguenses.

La vocación crítica de la Antropología Urbana actual resulta ineficaz por la pervivencia de premisas folkloristas en la definición de lo urbano tanto como por la orientación no urbana sino ciudadina de las investigaciones. A pesar de todo, las propias ciudades se resisten a las clasificaciones: ciudades agrarias, ciudades coloniales, comerciales, etc. parecen controvertir la tendencia generalizada

a imaginar la ciudad según el modelo del capitalismo productivista. Y sin embargo, todas permanecen en general vinculadas a un cierto modelo de *centralidad* económico-política que más o menos identifica a la ciudad, en sus diversas fuentes, como metrópoli, capital de un sistema de nivel variable, pero capital, lugar de convergencia.

Desde la no-ciudad, desde todos los lugares que son periféricos, pueblos y barrios, la periferia se ha identificado de forma casi natural (sin serlo) con cierto estilo de vida rural. Incluso se han desarrollado objetos de estudio en otro tiempo característicos de los estudios rurales, como las redes de parentesco en los barrios pobres, y a veces en los ricos, aunque no tanto en los de clase media. Sin embargo, salvando la solitaria y recomendable obra de Sydel Sylverman (1975, *Three bells of civilization*, Columbia University Press, New York) y otras igualmente solitarias¹, poco avance se ha dado para interpretar al pueblo como una realidad urbana, esto es, para poner en perspectiva lo urbano como una manifestación de lo social, como una dimensión de la cultura, como una dimensión profunda de lo social que va más allá de los “estilos de vida”. Y esto es algo que se puede justamente apreciar a través del estudio de los pueblos como centros urbanos genuinos.

Para afrontar este reto propongo el estudio de un caso particularmente interesante. De un lado, el pueblo de Noblejas procede de una larga tradición urbana como la castellano manchega, de modo que se presta con facilidad a constituirse en objeto de estudio de un trabajo en Antropología Urbana. De otro lado, Noblejas nos ofrece ese jugoso diálogo consigo misma, su desarrollo, lo que ha sido, lo que quiere ser, y los modelos de vida urbana (siempre urbana) que tiene como opciones y concepciones... la urbe tradicional que representa el pueblo que ha sido, con sus complejos, frente a la urbe moderna que algún día podría ser, con sus peligros.

EL DESARROLLO DEL ESPACIO URBANO EN NOBLEJAS

Noblejas se ha caracterizado tanto por su carácter históricamente periférico como por los sucesivos desastres que ha sufrido. Ello guarda importante relación con su posición estratégica en la zona. Leyendo en el espacio como en un texto, el emplazamiento urbano de Noblejas se aparece como una ocupación propia de un criterio militar. Noblejas forma parte de una compleja línea defensiva que se extiende a lo largo del Tajo. Sin embargo, el actual centro urbano, es decir, *Noblejas propiamente dicho* se encuentra en una segunda línea de defensa frente al norte, ocupando una posición estratégica en la defensa de Ocaña, segundo núcleo urbano en importancia durante la pre-

1. No quisiera dejar de recomendar en este sentido la más reciente obra de Mairal Buil, G. (1995) *Antropología de una ciudad, Barbastro*. Instituto Aragonés de Antropología, Zaragoza.

sencia musulmana en la zona y de creciente importancia con la ocupación cristiana².

La parte más antigua del asentamiento es un cerro elevado sobre un arrollo, cuyas aguas subterráneas alimentaban la llamada Fuente Vieja (hoy desaparecida). Sus caminos y calles más antiguos se encuentran orientados al noroeste, hacia la fortaleza de Oreja, formando una particular cuña de entrada al casco urbano, que queda protegida desde el término de la calle *de las barreras*, calle alta que defiende la cara norte del asentamiento original, y desde la que parecen desparramarse las casitas sin orden.

Esta falta de orden reproduce las condiciones óptimas de una vieja ciudad árabe, cuyos retorcidos callejones protegen del sol, de las invasiones y de las miradas. Sin embargo, Noblejas no tiene restos de la riqueza urbana de los poblamientos árabes, de su arquitectura profusa o de su vistosa cerámica decorativa. Como otros municipios de la comarca y de Castilla La Mancha en general, Noblejas es ejemplo de una notable sobriedad. Aunque el estilo de vivienda ha variado mucho actualmente, y muchas de las casas se encuentran reformadas (en parte por la necesidad: los materiales de las casas viejas son en general endebles) aquellas que se conservan sin reformas modernas reproducen dos de los modelos característicos de la arquitectura toledana. Algunas son pequeñas y de una sola planta destinada a vivienda propiamente dicha, propias de la vivienda jornalera, es decir, la del campesino sin animales de trabajo (y en consecuencia sin tierra). Y otras representan la vivienda característica de dos plantas en la región: el patio o corral es el centro y distribuidor de la casa, una escalera hacia la segunda planta da acceso al pasillo donde están las alcobas (dormitorios), y en la primera planta se sitúan los almacenes, las cuadras, y la cocina separada del resto³.

Las callejuelas de este barrio antiguo son empinadas y torcidas hasta llegar a la que hoy se llama Plaza del Conde. Protegida por la altura de la calle del norte (*Calle de las barreras*), y por las cuestas del noroeste y oeste, esta plaza es el primer espacio abierto que encontramos desde la vieja entrada de la ciudad. En la actualidad se encuentra aquí la iglesia parroquial, mandada construir en el siglo XVII por el Conde de Noblejas y dedicada a Santiago Apóstol. Teniendo este cerro punto como origen el asentamiento se ha desarrollado hacia el suroeste.

2. Desde su posición elevada, Noblejas domina el llano que la separa de Ocaña en cinco kilómetros, y con el tiempo ha resultado un lugar más estratégico para el ataque que para la defensa de Ocaña, de modo que en numerosas ocasiones ha sido el campamento militar en las batallas contra la ciudad vecina, de donde sus sucesivas destrucciones

3. Que se recuerde en el pueblo, estas casas siempre han pertenecido a más de una familia nuclear, y, aunque en tiempos de su construcción probablemente albergasen grupos parentales, en la actualidad el mismo patio alberga a familias sin más relación que la vecindad (seguramente efecto de la división de la herencia a partes iguales entre los hijos e hijas). Esta circunstancia está planteando grandes dificultades entre vecinos para la venta y para la reforma de las viviendas, y en parte puede ser causa de su progresivo abandono.

Después de la calle *Primavera*, una pronunciada cuesta hacia la parte alta del barrio antiguo, entrada protegida desde la calle *de las barreras*, la que parece haber sido primera calle con disposición claramente lineal es la calle *Empedrada*. *Empedrada* discurre al sur de la primera plaza y divide el casco antiguo por la mitad, dejando de un lado las partes altas, y de otra el terraplén de casitas que bajan hacia el llano que se orienta a Ocaña por el suroeste, esto es, en su día la parte trasera de la urbe.

El crecimiento de la ciudad hacia el suroeste ha sido a partir de su fundación la norma y hoy en día parece seguirlo siendo, aunque la orientación del pueblo se ha transformado por la aparición de la Nacional 400. Antes de estos cambios parece que el primer crecimiento fue de la calle *empedrada* hacia el sur, donde encontramos un llano a los pies de los que probablemente fueron los primeros arrabales (hoy el sitio de Mazacote). Y una segunda etapa vendría marcada por la aparición de la calle *Mayor*, que nace de una segunda plaza, al oeste de la primera, donde hoy se encuentra el Ayuntamiento.

En el primer tramo por el que discurre la calle *mayor* se encuentra la Ermita de la Magdalena. Esta ermita es una construcción del siglo trece, por tanto posterior a la ocupación cristiana del territorio y posiblemente coincidente con la época de consolidación del nuevo poder político. A partir de un momento indeterminado el centro del pueblo se fue desplazando hacia los nuevos espacios marcados por la Ermita de la Magdalena. Alrededor de la Ermita encontramos viviendas de un estilo bien distinto a las que hay en el barrio más antiguo que nos indican el sentido del desplazamiento y la naturaleza de “zona cristiana” del nuevo centro. A partir de aquí se aprecia un desarrollo del eje definido por la calle *mayor*, orientada hacia el camino de Villarrubia de Santiago (al este).

Este cambio supuso la reconstrucción del mapa del municipio y una transformación en el sentido del barrio antiguo. El barrio antiguo y la continuación del asentamiento hacia el sureste se engarzan a través de varios elementos importantes. De un lado, hasta la construcción en este siglo de la nueva carretera, los caminos principales para salir del pueblo a otros centros urbanos de importancia y así como la salida del centro urbano hacia el campo ha permanecido en el noroeste. Por tanto, cruzar el barrio antiguo hubo de ser hasta mediados de este siglo parte de los itinerarios habituales de una población dedicada a la agricultura y al comercio⁴. Además de esto, es a los pies del cerro que fue asentamiento original donde se encuentran las principales fuentes acuíferas que suministraron agua a todo el municipio, de modo que el lugar llamado la Fuente Vieja (en el noroeste), ha sido punto de destino habitual para hombres y mujeres de todos los puntos del municipio en busca de

4. La economía tradicional noblejana se ha basado tanto en el trabajo campesino como en el comercio, preferentemente del esparto y el vino, pero también de artesanías de fabricación doméstica.

agua, de modo que el barrio antiguo quedase integrado en los itinerarios cotidianos.

Por último, cuando en el siglo XVII se construye la iglesia mayor en el lugar llamado Plaza del Conde y probable sitio de la mezquita que en algún momento hubo, el barrio original quedó integrado en el municipio no sólo por los itinerarios populares sino por la simbólica oficial de la Iglesia que ocupa el lugar. A pocos metros del templo se encuentra el Ayuntamiento. Desconozco de qué época procede la localización en esta segunda plaza de una institución civil, pero la ausencia de cualquier otro indicio de institución semejante en otro lugar parece indicar que la primera ocasión de construir edificios de oficialidad civil tuvo por localización la misma que en la actualidad, la Plaza de la Constitución. Aunque no es justificación suficiente, esta hipótesis viene sugerida por la observación de su propia situación en la estructura urbana del pueblo: se encuentra a mitad del camino que une las dos iglesias, abriéndose hacia la calle *empedrada*, que es la calle donde, cercanas al Ayuntamiento y formando una especie de conjunto arquitectónico con las casas que rodean la plaza, se encuentran la mayoría de las pocas casas solariegas del municipio. Son edificios de una antigüedad incierta pero también son señales inequívocas del estilo urbanístico tradicional de la península: las casas nobles se concentran en las proximidades de los edificios institucionales de importancia municipal, formando con su presencia misma un “centro” del pueblo.

Como señalábamos antes, la particular distribución del espacio urbano dada en la combinación de ágora y ejes encuentra su expresión local en la combinación entre estos tres puntos: la plaza, la calle *mayor* que surge de ella, calle que distribuye el crecimiento hacia el este, y un eje paralelo marcado por la calle *empedrada*, que distribuye el crecimiento de la urbe hacia el suroeste. En la figura formada por estos tres puntos de distribución (una vez dejado atrás el barrio antiguo) se pueden apreciar dos pautas distintas de reproducción del asentamiento. De la calle *empedrada* hacia el suroeste y salvando las que están al pie de la calle, se aprecia que las casas tienen plantas más pequeñas y son de construcción más pobre en comparación con las casas que se encuentran desde esta misma calle hacia la calle *mayor* y más allá hacia el norte.

El tamaño del asentamiento ha estado sujeto a las variaciones en la densidad demográfica y al desarrollo de la economía local, pero sólo desde hace aproximadamente treinta años se ha dado un crecimiento demográfico y urbanístico apreciable, correspondiendo a los últimos diez o quince años la mayor parte de la expansión urbana. Sin duda, la gran señal de cambio en la distribución del espacio del pueblo ha estado marcada por la aparición de la carretera y la popularización progresiva de todo tipo de vehículos de automoción, especialmente los de uso privado. Su uso generalizado ha cambiado profundamente la experiencia del espacio, rompiendo el aislamiento del individuo en su comunidad, otorgándole una notable independencia, facilitando el acceso a nuevos mercados de trabajo y comercio (es Madrid el principal de los destinos), y comprometiendo por primera vez, el diseño urbanístico del pueblo con una necesidad imprevista por su larga historia: el tráfico de coches.

Un segundo factor que incide en la transformación de la experiencia del espacio es la sustitución del campo por la industria local. Esto ha significado dos cosas: la implantación de espacios de trabajo aledaños al pueblo (los polígonos industriales) y el desarrollo de un fuerte comercio con la capital del Estado. Ambas cosas han supuesto el crecimiento del parque automovilístico de gran peso, y un flujo particularmente grande de camiones por sus carreteras.

El desafío que plantean todas estas transformaciones para la vida urbana es fundamentalmente el de la provisión de servicios. Como se ha señalado, la provisión de estos servicios ha sido muy pobre hasta la década de los ochenta, cuando ha dado un giro radical. El casco urbano presenta muchas dificultades para las obras necesarias: la mayoría del subsuelo del casco urbano está horadado por las cuevas en las que tradicionalmente se hacía el vino, el suelo no tiene gran resistencia y además las edificaciones son endebles, por ello las canalizaciones que se han realizado han sido costosas y no suficientes (no se han saneado todos los pozos negros y algunas canalizaciones llevan muchos años siendo provisionales).

Una de las principales transformaciones, de las más efectivas, ha sido el asfaltado de las calles, que sin embargo tampoco es completo, pues el emplazamiento de algunas calles en el cerro hace que haya dificultades para asfaltar algunos terrenos y en otros tramos, la estrechez de la vía o la existencia de escalones impiden un buen asfaltado (hay suelos pavimentados con cemento en vez de asfalto). Algunos viejos parques y parterres han sido también pavimentados (como la plaza llamada "del reloj" adyacente a la ermita de la Magdalena, o la propia plaza del Ayuntamiento).

Tampoco el pueblo disponía de edificios públicos suficientes para albergar actividades de ocio, deporte, cultura, etc., de modo que un gran esfuerzo de dotación de servicios ha estado destinado a la construcción de infraestructuras para actividades, como es el caso de la escuela pública, el polideportivo, la piscina, el campo de fútbol, la Posada de la Cultura, la Residencia de la Tercera Edad o el Centro de Atención a la Infancia.

Todas estas condiciones han orientado el crecimiento urbanístico hacia las afueras del caso urbano. Se han abierto nuevas calles, más amplias en atención a la circulación de vehículos y el aparcamiento, y con un orden cuadrangular muy distinto al que hay en los barrios del centro. Su acceso en coche es mucho mejor y la apuesta por el desarrollo urbano del Ayuntamiento va en esta dirección. En este sentido, el plan urbanístico municipal incluye el traslado del Ayuntamiento a un edificio nuevo (aún sin construir), y este traslado constituye un principio de fuerte confrontación entre los distintos actores locales. Hasta ahora, las afueras han seguido siendo las afueras, y el centro ha conservado su centralidad acogiendo a las instituciones y las actividades principales de la vida común en el pueblo, por esto el desplazamiento de uno de los hitos que hacen del centro tal cosa (el Ayuntamiento) inicia un fuerte debate popular sobre el sentido de estas recientes transformaciones, donde la funcionalidad de los cambios no es el único interés.

LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICO-PRÁCTICA DEL CENTRO DEL PUEBLO

La construcción del centro urbano es un proceso práctico-simbólico. Como es sabido, el centro urbano es producto de la conjunción de los itinerarios más repetidos y las concepciones o valoraciones al uso sobre el sentido (el significado) de la centralidad de la vida en común. La centralidad de la vida en común en Noblejas viene definida por la visibilidad de las acciones, visibilidad que a su vez es determinante de la cualidad de público atribuible a los espacios, a los eventos y también a las personas. La centralidad de lo común en este caso coincide con dos realidades administrativas singulares: la administración pública, el ayuntamiento, y la administración sagradas, los templos. Como hemos presentado más arriba, los dos templos, forman un eje que mantiene al ayuntamiento en medio (aproximadamente) y que organiza los itinerarios y distribuye los centros de acción. Es en este eje alrededor del cual se ha formado una suerte de centro comercial y también el centro del ocio tradicional. Las tiendas y los pocos bares que hay en el pueblo se encuentran situados cerca de este eje-centro.

El dibujo del centro del pueblo se encuentra definido de forma muy especial por las costumbres festivas y religiosas. Es una costumbre muy arraigada en Noblejas desfilarse. Se desfila en procesiones, en pasacalles, se desfila en las bodas, en los entierros y funerales, se desfila por cada novena o triduo santo que se celebra, y no desfilarse cuando corresponde a quienes corresponde constituye un acto de desestima a la comunidad. Lo importante del desfile es su capacidad para definir la comunidad y sus normas a través de la visibilidad y del control moral. Y con respecto a la construcción del espacio urbano, los desfiles son la más clara guía en la definición de los espacios centrales. Así, casi todos los desfiles tienen un recorrido que comparten sin llegar a ser idénticos. Los desfiles dibujan bien la relación entre el individuo que participa y la comunidad, y cada fecha o evento tiene su propia lógica de relación. Sin llegar a analizar cada uno, cabe señalar que en general está establecido dos tipos de desfiles. En un modelo, los desfiles parten de una casa, es decir de un espacio privado, y discurren hacia uno público cubriendo ciertas calles que se consideran importantes. En estos desfiles, el pasacalles constituye una convocatoria a la comunidad, una invitación a participar. En otro caso, los desfiles parten de un lugar público (alguno de los dos templos o la plaza del ayuntamiento) donde ha sido convocada toda la comunidad por otros medios distintos al pasacalles (o a veces también combinado con este) y a partir de ahí se da una vuelta a las calles que rodean estos centros se retorna al lugar de partida.

Como los lugares públicos por los que discurren los desfiles son casi siempre los mismos, la iglesia y la plaza del ayuntamiento, ocurre que las calles por las que discurren son parecidas, así puede decirse que se consagra el centro simbólico y práctico de la ciudad, o mejor dicho, que se consagran los itinerarios concebidos como comunes o comunitarios.

Las recientes transformaciones han supuesto una alteración de lo que con respecto al centro se consideraban las afueras del pueblo. Como se ha mencio-

nado, las afueras en sentido tradicional lo era el campo, las eras, algunas bodegas grandes, y en general el espacio del trabajo (sobretudo del trabajo concebido como masculino, aunque también trabajaran muchas mujeres en las mismas tareas). Esta concepción de las afueras del casco urbano se ha mantenido hasta ahora tanto por la reproducción de unos itinerarios muy concretos que reproducen la concepción del centro, como por el hecho de que los lugares de trabajo siguen en general estando fuera de este centro.

El sentido tradicional dado a los “desplazamientos laborales” se ha conservado al mantenerse una misma pauta en la experiencia del espacio. A pesar del progresivo abandono de las tareas agrícolas, y el traslado de las actividades laborales a otros espacios el esquema de relación pueblo-afueras ha seguido siendo el mismo. El pueblo es el espacio de vivir y relacionarse la comunidad. Las afueras es el espacio de trabajar. Así, siguiendo la herencia del largo camino del campo, es muy frecuente en toda la comarca y en Noblejas también, que numerosos trabajadores recorran grandes distancias para acudir a su trabajo, así, en el lugar del camino del campo, muchos son los que toman la carretera de Madrid o Toledo o Tarancón, para ir al trabajo cada día. Aunque en estos trayectos el trabajador pierde de dos a tres horas de tiempo no laboral este hábito no se considera particularmente cansado, y el desplazamiento se valora positivamente el estar “fuera” unas horas.

Otra forma tradicional de situarse en las afueras en virtud del trabajo ha sido el trabajo en las bodegas y las eras, generalmente aledañas al pueblo, aunque no en su núcleo principal. Hoy, ese espacio de las afueras aledañas está ocupado, además de por las bodegas y las embotelladoras que dan continuidad a las actividades tradicionales, por las industrias, talleres, almacenes, o fábricas. De esta manera, la pauta de separación de la vida del centro urbano en las horas de trabajo y principalmente por los hombres (aunque no sólo) ha sido a la vez transformada y reproducida, y así, la experiencia de la división del espacio permanece inalterada de momento.

La construcción simbólica de las afueras, no se da únicamente por las ubicaciones de tareas y espacios con algún tipo de frontera (una observación superficial permite apreciar que las fábricas, etc., se encuentran físicamente “separadas” del pueblo). Y en este sentido, la definición de las afueras es fuertemente relativa a la construcción simbólica del centro, y esto se aprecia muy bien en la distribución de las viviendas. Aunque la mayoría de las viviendas (y no todas, nunca todas) se encuentran en lo que podemos considerar casco urbano, esto es, en un continuo de vecindarios, no todos estos vecindarios, ni mucho menos forman parte del centro del pueblo.

Como hemos señalado, el centro del pueblo queda dibujado de forma bastante nítida por ciertos itinerarios (los festivos, los rituales, los burocráticos, los de ocio y consumo) y destinos o lugares (el Ayuntamiento, las iglesias, el colegio, el Centro de Salud, los bares, las tiendas), y la mayoría de las viviendas exceden el interior de este recorrido, aunque también la mayoría se encuentran a escasa distancia. Tal y como hemos descrito en los epígrafes anteriores el desarrollo

urbano del municipio desde su fundación, se aprecia que hay barrios particularmente alejados del centro en un sentido tanto físico como social. Muy posiblemente, y al igual que cualquier otro municipio de fundación islámica, Noblejas ha tenido arrabales desde el principio. Si alguna vez tuvo muralla, cosa que no está confirmada pero es altamente probable, el pueblo tuvo también sus barrios extramuros. Un resto elocuente de esto es la presencia de las cuevas en la parte suroeste, y también el crecimiento de este barrio hacia el sur y el oeste.

Las afueras como arrabal tienen un sentido despectivo que no coincide con la descripción de las afueras dada en términos urbanísticos, sino que es una distinción dada por los pobladores en atención a una social. No obstante, con el reciente crecimiento urbanístico, la ocupación de “las afueras” por nuevas viviendas ha cambiado este sentido despectivo. Incluso parece haberlo invertido, pues la proliferación de chalets ha ido acompañada de un desplazamiento de los pobladores con mejores recursos a las casas nuevas⁵. Los nuevos barrios, al igual que los viejos que también se encuentran fuera del centro urbano, son considerados “afueras”. Y a la distancia física (que no siempre es importante), y a la distancia social (que hace tiempo se viene igualando) hay que añadir un elemento fundamental de la concepción del centro y su periferia: en el centro “hay” cosas (destinos), “pasan” cosas (acontecimientos relevantes para la vida común), “pasan” personas (itinerarios, encuentros, visibilidad). En las afueras no, o no tanto. ¿Qué ocurriría si las cosas que *hay* y *pasan* en el centro se desplazasen a las afueras?

DOS MODELOS DE CIUDAD

El nuevo plan urbanístico fue presentado hace seis años (en 1997). El plan proponía la construcción de un complejo de edificios públicos que habría de estar formado por dos elementos, la llamada “Plaza Nueva”, donde se trasladaría el Ayuntamiento, y el llamado “Santuario del Cristo de las Injurias”. El diseño arquitectónico del complejo tiene sin duda una ambición monumental. La Plaza Nueva es un proyecto de construcción de una gran plaza porticada inspirada en la Plaza Mayor que existe en la vecina localidad de Ocaña (semejante en volumen y diseño a las más conocidas de Salamanca y Madrid). Y el Santuario es un proyecto de templo en el que se esperaba albergar la figura del patrón local, el Cristo de las Injurias, que carece de templo propio (se guarda en la iglesia parroquial, dedicada a Santiago Apóstol).

Junto a la propuesta el grupo de gobierno local presentó maquetas y fotomontajes del proyecto, y de forma inmediata la oposición descalificó la idea y se puso en marcha una iniciativa contra él. Numerosos ciudadanos asistieron a ver las maquetas y fotomontajes, y los comentarios que la presentación suscitó fueron varios. Antes que nada parece que dominó el desconcierto: la estética de la obra no encajaba con la estética del propio pueblo, el lugar previsto para el desa-

5. Cabe señalar que es una costumbre arraigada que tras el matrimonio la nueva familia habite casas heredadas, y sólo recientemente se compran viviendas de nueva planta.

rollo de edificios tan importantes quedaba en las afueras, algunos se preguntaban si realmente había recursos municipales para afrontar las obras, y otros simplemente se quedaron sin palabras por unos días, según cuentan.

Las opiniones fueron evolucionando en los meses siguientes a la presentación de la propuesta. Los partidarios, siguiendo más o menos la filosofía de desarrollo local que el Ayuntamiento proponía, interpretaron el plan como un avance más en la necesaria transformación del pueblo, acorde con una visión más “moderna” de las nuevas necesidades, del crecimiento y del propio progreso, tanto material como cultural. Pero las interpretaciones en contra parece que se afianzaron mejor en el desconcierto inicial. Estimulados por el grupo político opositor, se desarrolló una recogida de firmas en contra de la idea.

Esta posición contraria recabó apoyos tanto de quienes estaban en desacuerdo con el conjunto del proyecto como quienes estaban en desacuerdo con alguna parte de él. Las críticas fueron de varios e interesantes tipos. La inviabilidad económica del plan y la inoportunidad estética de la propuesta son los más comúnmente mencionados por los informantes, tanto por aquellos que participaron en la oposición como por aquellos que describen las razones de los opositores (de hecho, algunos partidarios acusan a los opositores de despreciar el desarrollo local por cuestiones de estética). Pero hubo otros más complejos.

Como dijimos, el proyecto tenía dos partes, el nuevo Ayuntamiento y el llamado “Santuario”. Según informan algunos actores, el Santuario era parte de una complicada estrategia política para conseguir la aprobación en los plenos municipales del proyecto de la Plaza Nueva. Es posible que el Santuario funcionase como un trapo rojo, como un señuelo al que derivar la atención que el ambicioso proyecto iba a desatar de todos modos. Y es posible también, que en vez de señuelo, el Santuario se ofreciese como complemento presumiblemente atractivo para el grupo de la oposición, de ideología más conservadora. En todo caso, gran parte de la población encontraba inoportuno el Santuario.

La construcción de un nuevo templo suponía de forma inmediata el desplazamiento del símbolo religioso, comunitario y ritual más importante de la localidad a un nuevo emplazamiento, a un emplazamiento en las afueras. “Sacar al Cristo de la Iglesia”, o “llevarse al Cristo” son las interpretaciones que ofrecen la mayoría de los noblejanos del plan municipal. De un lado, en Noblejas no se considera al Ayuntamiento un interventor legítimo en las cuestiones religiosas, de modo que, por más apoyo que la institución obtuviera de la parroquia (y al parecer lo obtuvo) la construcción del Santuario seguía siendo una propuesta inoportuna⁶. A esto hay que añadir que el Cristo es en cierto modo *propiedad* de la Hermandad que lo guarda. Esta hermandad es de tipo comunal, de forma que la mayoría de los noblejanos forman parte de ella o se consideran a sí mismos par-

6. Tengamos en cuenta que es una costumbre muy extendida en la península, y también en Noblejas, que los templos se financien con participación popular y a ser posible por iniciativa popular.

te de esa hermandad, que muchas veces se confunde con “el pueblo”, con la gente frente a las instituciones, tanto civiles como eclesiásticas⁷.

Por otro lado, sin embargo, “sacar al Cristo” suponía un importante desorden ritual y espacial. El Cristo de las Injurias es una figura de claro vínculo urbano. Es el Cristo “injurado” por los infieles que el pueblo llevó a la iglesia. Aunque son sólo hipótesis, es probable que la figura haya sido una donación de un noble local y ello ata a la figura al templo para el que fue donada. Así mismo, si como sostengo el lugar de la iglesia parroquial fue antes de su construcción un templo pagano (y probablemente en un barrio no cristiano o recién cristianizado), es también probable que el vínculo de la figura del “injurado” con el espacio concreto que lo alberga sea más comprometida que el sólo albergue.

Aparte de estas hipótesis, lo cierto es que los rituales organizados alrededor de la figura establecen una relación concreta del Cristo con el templo, que no se presta fácilmente a alteraciones como las sugeridas por la idea del Santuario. Así, cada año el Cristo es sacado en andas desde la iglesia parroquial en dos ocasiones, por Semana Santa y por la Cruz de Mayo, cuando se le venera. La procesión del Cristo recorre los lugares habituales de otras procesiones y desfiles, cumpliendo tres etapas estipuladas desde antiguo⁸. Recorridas estas tres etapas vuelve al templo. El día de la Cruz el regreso de la figura es ocasión para que los mozos tomen las andas y lancen vivas hasta devolver la figura a su altar. Esta figura protagoniza varias misas en diferentes tiempos del año (es la única figura local que tiene misas en todos los tiempos litúrgicos) y protagoniza la vida parroquial como un fuerte símbolo de la identidad comunitaria, alrededor del cual todos se juntan. ¿Qué cambios supondría su traslado?

En primer lugar el traslado del Cristo se haría hacia las afueras del pueblo. Esto no sólo alteraría el orden ya establecido de las etapas que la procesión ritual recorre, sino que altera también el sentido que la propia figura tiene como *central*. En esta medida, “sacar al Cristo” equivale a ponerlo en un segundo plano de la vida común, a desestimar el símbolo sagrado de la comunidad. En segundo lugar, algunos tuvieron en mente la posibilidad de no alterar el orden procesional de las etapas recurriendo a desplazamientos temporales de la figura a la iglesia parroquial. Esta es una costumbre extendida en muchos lugares, pero es propia de símbolos asociados al campo o a la naturaleza, propios de símbolos que con ocasión de su día grande son honrados en romerías que los desplazan de las afueras al centro, pero no es propio de símbolos urbanos, vinculados al centro y la parroquia.

7. Son muchos los conflictos de la Hermandad y el pueblo con las autoridades eclesiásticas, atestiguando justamente la fusión de la identidad del pueblo como un todo con la Hermandad del Cristo.

8. La figura se subasta y está establecido por la costumbre (diarios parroquiales del siglo XVIII lo atestiguan) que sea llevado en tres etapas distintas por diferentes cuadrillas y familias del pueblo.

Algo parecido ocurre con el traslado del Ayuntamiento a la Plaza Nueva. La construcción de la plaza en sí es un asunto que no provoca tantos debates como la propuesta de desplazar, con o sin plaza, el Ayuntamiento... a las afueras. A diferencia de la cuestión del Santuario, donde ni el agente que toma la iniciativa es legítimo y los cambios resultan fuertemente radicales, el traslado de las oficinas del Ayuntamiento al nuevo lugar ha sido mejor aceptada. El grupo político opositor no ha ejercido la misma presión en contra de esta idea que contra el Santuario, y finalmente esta parte del proyecto se aprobó en pleno municipal.

A pesar de todo, muchos siguen pensando que si el Ayuntamiento es pequeño la opción más lógica es reformar el edificio actual y no gastar tanto dinero para "llevarse" el Ayuntamiento. Las contradicciones que presenta el *traslado* de la administración central a las afueras y la inoportunidad ritual del Santuario son muy interesantes para entender las relaciones simbólicas del centro y sus afueras. Existe un orden establecido, en el cual, los cambios han de seguir una coherencia básica y no alterarse de modo repentino. En este caso, tanto el conjunto del proyecto como la ejecución de una sola parte de él (la Plaza Nueva está en marcha) supone un verdadero desplazamiento del centro del pueblo a las afueras.

No se trata únicamente de desplazar hitos que construyen simbólicamente el centro, sino que se produce una alteración en los itinerarios, un vaciado de la plaza central, la del Ayuntamiento, como espacio de visibilidad pública y control de la comunidad (los forasteros ya no irán al centro del pueblo), y un vaciado de la acción social prevista (de esas cosas que "hay" y "pasan" en el centro), además de la alteración del orden tradicional, cosa que a algunos (en realidad a los menos) les desagrada.

Junto con el plan urbanístico, en la presentación de las maquetas podía observarse el marco general de distribución del espacio en el que la idea cobraba sentido más allá de las contradicciones con la costumbre. EL desplazamiento del Ayuntamiento a las afueras, no sólo proporciona más locales públicos en el nuevo edificio, supondría (tras la ejecución de la vía correspondiente) una mejora en su acceso en coche por la carretera principal, que evita al visitante cruzar el pueblo y sus angostas calles. Así mismo, las afirmadas contradicciones con la costumbre local son interpretadas en términos positivos por los propios funcionarios del Ayuntamiento y el equipo de gobierno: menor visibilidad pública y menor control moral significan menos rumores y críticas entrometidas, el vaciado del centro del pueblo pretende contribuir de una forma consciente a esta transformación cultural. Se consideran ventajas así mismo, la dinamización de otros vecindarios, la revalorización de nuevos terrenos (sólo hay terrenos nuevos en las afueras, pero los pobladores siguen prefiriendo el centro, de modo que el gran esfuerzo del ayuntamiento en la concentración parcelaria y la financiación de la compra de vivienda no se está viendo compensada por la revalorización de los nuevos barrios⁹), y también

9. Esta revalorización, en lo que afecta al ayuntamiento es simbólica, aunque, por supuesto, no lo es en relación con las constructoras favorecidas por el ayuntamiento. Aún así, éste hace un gran esfuerzo por prestar ayuda financiera para la consecución de vivienda de nueva planta, y la revalorización que necesita es del barrio y de sus propias acciones de apoyo.

es una ventaja considerable del desplazamiento la disposición de nuevos locales donde establecer nuevas actividades (están proyectados museos, una emisora local, etc.).

Cuando en las afueras empiecen también a “pasar” cosas y personas, es más fácil que se produzca un flujo de desplazamientos de otros hitos centrales hacia allá. Sin duda los nuevos itinerarios definirán un nuevo eje para los recorridos, en las fiestas el Ayuntamiento es un lugar de reunión, y es impredecible lo que ocurrirá a partir de la construcción del nuevo edificio, pues dado el conflicto político que se ha generado en torno a estas cuestiones, que tan posible parece que se siga utilizando la plaza actual (vaciada de su fuente de sentido), como que los recorridos de los pasacalles acudan a incluir al nuevo barrio en su rutina de desfile. En todo caso, la propuesta institucional ha generado un profundo debate sobre las concepciones del propio espacio urbano y la experiencia espacial del pueblo.

Aunque las posiciones que polarizan el debate son dos, en realidad existen estas dos y un gran número de matices entre ambas, correspondiendo a la opinión mayoritaria, que no coincide necesariamente con las posturas radicales de los grupos políticos en liza. Estas posturas paradigmáticas representan con claridad dos concepciones del espacio urbano enfrentadas. En la visión de los promotores de la propuesta, el equipo de gobierno municipal, el traslado del centro a las afueras corresponde a un nuevo modelo de ciudad y a un nuevo estilo de vida que se pretende promover activamente, mientras que para los opuestos al proyecto, el pueblo ha de seguir siendo como es con el fin de no acometer cambios fuera de control que sobrepasen la capacidad local para asumirlos.

La postura evolucionista nos presenta un modelo de futuro para Noblejas que pasa por la transformación de su orden espacial. El desarrollo urbano se interpreta principalmente como dotación de servicios públicos y construcción de nueva vivienda. La orientación a los servicios es muy importante, porque determina la visión que en este modelo se sugiere sobre los pobladores, que en vez de convecinos son *ciudadanos*, es decir, sujetos de derechos públicos al servicio de las cuales la administración está. En esta concepción, el valor que prima en las transformaciones es la funcionalidad, pero esta funcionalidad no está en pos de los usos que ya existen en el municipio, sino que se pretende regir por los usos que se impondrán con el propio desarrollo. En este sentido, los ciudadanos son pensados como usuarios individuales de la ciudad y sus ofertas de servicios, y de acuerdo con este modelo de individuo poblador se definen nuevas necesidades entre las que se encuentran un nuevo acceso a la ciudad por carretera (el que evite el centro) un autobús interurbano para llevar los niños a la escuela pública, o también comedores de niños, centros de día y residencias de ancianos para que las ciudadanas puedan desarrollar su vida laboral en libertad. Estos son algunas de las necesidades que se prevén.

En cierto modo, la propuesta de este modelo esconde una concepción muy crítica de la vida en el pueblo y un descontento o insatisfacción por la falta de

posibilidades (de estudio, de trabajo, de ocio, de consumo...). La complicidad de la convivencia entre vecinos es para algunos una atadura incómoda, aunque para otros sea una garantía de orden. Que las mujeres no se incorporen al mercado laboral recién abierto se considera un signo de conservadurismo retrógrado (aunque la oferta no es muy seductora para mujeres con cargas familiares). Que las familias se nieguen a llevar sus ancianos a la residencia es más comprensible, pero igualmente un signo de no haber dado el cambio con los tiempos que corren. En este sentido, los promotores de la apuesta desarrollista presentan un perfil modernizador típico, que veladamente incluye cierta desestima por el presente, y cuya orientación al futuro convierte todo lo pasado y presente en arcaizante. Su modelo de ciudad no corresponde a la que existe hoy sino a la que promueven.

Del otro lado, el modelo conservador de ciudad se caracteriza por valorar positivamente estos aspectos críticos de la vida común: el pueblo como es hoy se considera como debe ser. En esta postura las mejoras de servicios y otras propuestas de la concepción anterior se encuentran presentes pero también sujetas a una lógica distinta, la de aprovechar mejor lo que ya existe, la de no hacer gastos excesivos con el dinero ciudadano, la de respetar determinadas tradiciones, lugares, símbolos, y otros elementos considerados tradicionales, o la de valorar la vida en común justamente por el control moral que la comunidad se impone a sí misma para mantener su propio orden y sus propios valores de convivencia. En este modelo, el espacio del pueblo tal y como se ha construido con los siglos representa las necesidades de los pobladores y de la comunidad como un todo: las plazas, el orden del centro, la simetría de los templos, las bodegas y las fábricas en las afueras, diferentes estilos de barrios para que cada uno viva donde le interese, la carretera en su sitio, donde los niños no puedan cruzar, el pueblo recogido a uno de sus lados... Y se considera que este orden ya está al servicio de los pobladores sin necesidad de transformarlo.

Tanto el estereotipo modernizante como la práctica tradicional y sus interpretaciones tradicionalistas son formas distintas de experimentar la vida cotidiana, no sólo de concebir el espacio o la funcionalidad del pueblo. La división entre un paradigma que parece priorizar el futuro sobre otro que prima la coherencia con el pasado ha sido protagonista de un debate popular que justamente en el nivel popular ha tomado muchos más matices que en el discurso de los contendientes. Antes que el pasado y que el futuro, para la mayoría está la experiencia del presente del pueblo, y los cambios en el estilo de vida se espera que sean progresivos, sin rupturas ni conflictos. La mayoría de los pobladores de Noblejas cree que la promoción de ambos modelos de vida urbana posee ventajas comparativas para el grupo que los sostiene, de modo que son en general escépticos con ambas posturas y en cierto modo reclaman que su conservadurismo moderado (porque esta mayoría está en contra de las reformas radicales y los trasvases de la centralidad) no se confunda con un tradicionalismo oportunista con el que tampoco se identifican.

Y A MODO DE CONCLUSIÓN

Dos modelos de ciudad para un debate popular sobre la naturaleza de la vida urbana en el pueblo es una interesante perspectiva para reflexionar sobre la naturaleza de la vida urbana en general, esa vida urbana que rebasa los límites de la ciudad y la capital. Entre otras cosas, y a pesar de que aquí se sostenga este rebasamiento, el debate popular nos proporciona una interesante información acerca de la manipulación de las concepciones del espacio y la vida en él. En este sentido, en Noblejas, al igual que en otros muchos pueblos de la península, los términos *urbano* y *pueblo* sólo se identifican en la concejalía de urbanismo. Y ello a pesar de una larga historia urbana, y a pesar del contraste del hábitat concentrado con el campo, y a pesar también de que los hábitos de ocio y consumo que últimamente definen los estilos de vida son idénticos a los de cualquier ciudad-capital.

Los dos modelos propuestos por los gestores políticos del municipio arrastran consigo una interpretación de éste como pueblo, en contraste con *la ciudad*. Desde una perspectiva modernizadora esto constituye una desventaja que se debe invertir. Desde el punto de vista conservador esto es una circunstancia feliz que nos hace como somos y debemos respetar. Y para la mayoría es indiferente que el pueblo sea de un modo u otro si se vive “bien” en él, y “bien” quiere decir sin sobresaltos pero con diversión, con riqueza pero sin desigualdades, en un orden previsible, en desarrollo progresivo, con servicios suficientes y respetando las tradiciones significativas. En definitiva, nada que no pueda desear cualquier poblador de cualquier ciudad de las más diversas densidades.

BIBLIOGRAFÍA

- CÁTEDRA, M. (1997) *Un santo para una ciudad: ensayo de antropología urbana*. Ariel, Barcelona.
- DEVILARD, M. J. (coord.) *Las ambivalencias de la modernización: estudio de una localidad manchega*. Ayuntamiento de Noblejas, Noblejas.
- FERNÁNDEZ MONTES, M. coord. (1996) *Etnología de las Comunidades Autónomas*. Ediciones Doce Calles/CSIC, Madrid.
- HANNERZ, U. (1993) *Exploración de la ciudad*. F.C.E., México D.F.
- HARVEY, D. (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- JOHNSON, J. H. (1987) *Geografía Urbana*. Oikos-Tau, Barcelona.
- KENNY, M. (1966) *A Spanish tapestry. Town and country in Castile*. Harper & Row Publishers, New York.
- LEEDS, A. (1994) *Cities, classes and the social order*. Cornell University Press, London.

Cornejo Valle, Mónica: La producción simbólica del espacio urbano en Noblejas (Toledo)

LEFEBVRE, H. (1975) *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península, Barcelona.

LUQUE BAENA, E. (1996) *Antropología política*. Ariel, Barcelona.

MAIRAL BUIL, G. (1995) *Antropología de una ciudad, Barbastro*. Instituto Aragonés de Antropología, Zaragoza.

PUJADAS, (1996) "Antropología Urbana" en J. Prat y A. Martínez *Ensayos de Antropología Cultural*. Ariel, Barcelona.

SÁNCHEZ PÉREZ, F. (1990) *La liturgia del espacio*. Nerea, Madrid.

VALLVÉ, J. (1986) *La división territorial de la España musulmana*. CSIC, Madrid.